



**NÚMERO 30**  
**ABRIL 2020**  
**Buenos Aires**

---

## **SOBRE EL ESPECTADOR DE DEPORTES**

### **Juan Granados Valdéz (México)<sup>1</sup>**

#### **Resumen**

Sin duda el deporte y el juego, en general, ocupan en la vida de los hombres y en la sociedad un lugar tan importante que ni ésta ni aquella pueden concebirse sin aquellos. Pero, ¿qué sucede con los que sin practicarlo son asiduos asistentes? Pensemos, por ejemplo, en el fútbol que reúne cada fin de semana, ya sea en las salas de las casas o en los palcos de un estadio a miles y miles de personas ansiosas de ver retribuidas sus penas con el triunfo de su equipo favorito. Como puede verse los

---

<sup>1</sup> Licenciado en Filosofía y Maestro en Arte contemporáneo y sociedad por la Universidad Autónoma de Querétaro. Doctor en Artes por la Universidad de Guanajuato. Coordinador del Doctorado en Artes de la Facultad de Bellas de la UAQ. Coordinador Académico del Repositorio Digital de la Cultura Artística (ReDCA) de la FBA, de la UAQ. Colaborador del Cuerpo Académico Estudios Cruzados sobre la Modernidad y miembro del Cuerpo Académico Perspectivas Transversales de las Artes. Docente de las licenciaturas en Artes Visuales, Arte Danzario y Docencia del Arte de la FBA de la UAQ. Docente en las Maestrías en Arte contemporáneo y cultura visual, Diseño y Comunicación Hipermedial y Creación educativa de la UAQ. Docente del Doctorado en Artes. Conferencista, ponente en coloquios, simposios y congresos de filosofía y artes. Publicaciones en los mismos temas, tanto de artículos arbitrados como de capítulos de libros. Entre sus temas de interés y trabajo destacan la estética, la filosofía de la religión, la ética y la teoría del arte.

espectadores, los aficionados al fútbol, nos salen al paso. Pensemos, asimismo, en una partida de ajedrez (o de cualquier otro juego de mesa), en la que los dos contrincantes, sujetos a las tensiones propias del juego, además deben soportar los comentarios impertinentes de los que, sabiendo jugar, prefieren ver jugar a otros. Mucho, nos parece, puede decirse sobre el deporte y el juego, su pertinencia, su reconocimiento, su importancia, etc., pero poco sobre el espectador, ansioso por ver, mirar y participar, ora a distancia (desde la televisión) ora a unos cuantos pasos. Nuestra reflexión, estética necesariamente, por tanto será sobre el espectador del deporte y del juego. No se pretende desentrañar todo lo que puede ser característico de aquel que "únicamente ve", mucho se nos escapará, no obstante nos permitirá acercarnos a él y comprenderle mejor, sea uno deportista sea uno espectador.

**Palabras clave:** Deporte, Espectador, Juego

### **Abstract**

No doubt sports and games, in general, occupy in the life of men and in society such an important place that neither this nor that can be conceived without them. But what happens to those who, without practicing it, are assiduous assistants? Think, for example, of the football that gathers every weekend, either in the halls of the houses or in the boxes of a stadium to thousands and thousands of people eager to see their sorrows paid with the triumph of their favorite team. As you can see the spectators, the football fans, we meet the step. Think, also in a game of chess (or any other board game), in which two opponents, subject to the tensions of the game, must also endure the impertinent comments of those who, knowing how to play, prefer to watch others play. Much, it seems to us, can be said about sports and games, their relevance, their recognition, their importance, etc., but little about the spectator, eager to see, watch and participate, pray at a distance (from television), pray to a few steps. Our reflection, aesthetics necessarily, therefore will be on the spectator of the sport and the game. It is not intended to unravel everything that can be characteristic of one who "only sees", much will escape us, however it will allow us to get closer to him and understand him better, be it an athlete or a spectator.

**Keywords:** Sport, Spectator, Game

### **Introducción**

Las perspectivas desde las cuales se aborda el deporte de ordinario son, en líneas generales, de dos tipos: están, en primer lugar, las que lo admiten, por un lado, como un fenómeno cultural digno de consideración y, por otro, como un producto genuinamente humano; las hay que, en segundo lugar, lo consideran o un narcótico más, si se convierte en el núcleo de la vida y no da sitio a lo que verdaderamente importa, o un mero recreo, unas vacaciones que permiten descargarse del peso de las presiones diarias por un momento, aunque para esto se precisa y recomienda acudir, con preeminencia, a ejercicios espirituales. Se va del elogio al desprecio. Aunque las

posturas sean contrarias, opuestas entre sí, ambas admiten la importancia del deporte en la vida de los hombres y de las mujeres alrededor del mundo entero. Pero ninguna, si hacemos caso omiso a las recomendaciones en contra del deporte y a las comparaciones que con los romanos, para los que el pan y el circo se instrumentalizó como recurso de control político, se hacen y que apenas desvelan su puesto, muy poco o nada se ha agregado sobre el espectador o los espectadores. Cosa que no puede sino causarme extrañeza; sorprenderme, si se quiere. Sobra decir que me he puesto a practicar el deporte que Ortega delega únicamente a los intelectuales<sup>2</sup>, convirtiéndome, visto de otra manera, en un espectador del espectador ora porque a lo largo de mi vida y mi formación (lo digo a modo de confesión) me he topado con mi inhabilidad deportiva y mis insuficiencias físicas, ora porque el papel que *juega* el espectador en el deporte, con todo y que se asume que todo *juego* (el deporte es una especie de juego) es una representación para alguien<sup>3</sup>, ha sido olvidado de las consideraciones teóricas, y no se diga de las filosóficas. Lo que sigue es apenas un ensayo, con el que intento *desalejar* al espectador de deportes y entenderlo como tal. Me propongo hablar, pues, del espectador, quizás estéticamente.

## Desarrollo

Si asumimos esto último, que el deporte es una representación, se nos impone inevitablemente la pregunta, ¿qué tipo de representación es? No es mi objetivo caracterizar el deporte y perderme en los vericuetos de las distintas opiniones que se tienen de él. Mi propósito, al preguntar tal cosa, apunta, como creo ya quedó claro, a la tematización del espectador. Salvada esta dificultad, sigo. Algunos autores, nos cuenta Rafael Alvira sin decirnos quiénes, apuntan que la palabra deporte viene del latín *ad portas*, que significa fuera de las puertas o al aire libre<sup>4</sup>. Además de la recuperación etimológica del término deporte, el filósofo español caracteriza, con

---

<sup>2</sup> “Sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender. Es el deporte y el lujo del intelectual. Por eso su gesto gremial consiste en mirar al mundo con los ojos dilatados con extrañeza. Todo en el mundo es extraño y es maravilloso para unas pupilas bien abiertas. Esto, maravillarse, es la delicia vedada al futbolista, y que, en cambio, lleva al intelectual por el mundo en perpetua embriaguez de visionario. Su atributo son los ojos en pasmo. Por eso los antiguos dieron a Minerva la lechuza, el pájaro con los ojos siempre deslumbrados”. José Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas* (Espasa Calpe, Madrid, 1993), 75.

<sup>3</sup> Cfr. Hans-Georg Gadamer: *Verdad y Método* (Sígueme, Salamanca, 2003), 143-181.

<sup>4</sup> Cfr. Rafael Alvira: *Filosofía de la vida cotidiana* (RIALP, Madrid, 1999), 43-56.

cierto lujo de detalle, el deporte, apuntando sus momentos, sus prerrogativas, sus formas y sus condiciones. Si se acepta la etimología no podemos sino pensar que guarda cierta relación o se encuentra emparentado con el teatro que desde antiguo se representaba a las afueras de la ciudad. Ambas representaciones, o actividades, nos aparecen como una oferta a la vista (como un espectáculo) ajena a las actividades de la ciudad y de la casa; ambas suponen un grupo de ejecutantes (actores o atletas) y ambas necesitan de un público (son representaciones para alguien, decíamos) expectante. Y por si fuera poco, en ambas representaciones, tanto espectadores como atletas o actores se ven sujetos a un proceso de aprendizaje o de conocimiento de sí mismos (se re-conocen). Dejemos a un lado las diferencias entre el deporte y el teatro, para todos claras y extraigamos las consecuencia de lo dicho.

Hoy en día no podemos conservar del todo la definición etimológica que hemos aportado. Tanto los estadios como las arenas, tanto las canchas como los parques deportivos, sea la razón que sea, quedan dentro de los límites de la ciudad, detrás de las puertas; los aparatos deportivos vendidos a través de la televisión para ser usados en la casa evitan el traspasar el umbral del hogar. Que algunas actividades, algunos deportes, se sigan haciendo al aire libre (v. gr., el fútbol, el béisbol y el atletismo), no indica que todas sigan esta misma primicia (p. Ej., la lucha libre, el box, el básquetbol y la esgrima). La “extrañeza” que el deporte entrañaba para las actividades de la ciudad hece tiempo que ha desaparecido. Los atletas son considerados hoy en día profesionistas o profesionales en su área; y los espectadores viven con el deporte a diario, pueden enterarse a toda hora de resultados, entrevistas, y demás (cosa que no pasa con el teatro). Pero el que los espectadores puedan hacer esto aún en la oficina o en ese tiempo perdido que significa el desplazarse de un lugar a otro, supone, no puede negárseme, un apartarse de la oficina y del tedio que significa viajar, un apartarse de la existencia cotidiana y su “dureza esclavizante” que conforma, asimismo, los deseos y esperanzas de quienes esperan el domingo para ver redimida su semana (al menos con el fútbol pasa eso: esta actividad se intensifica cuando se advierte la gran cantidad de partidos de fútbol que hay en el año. Casi 10 partidos diarios se juegan en el mundo (de aquellos que son televisados). Y con esto reivindicamos esa diferencia que adelantábamos líneas ha entre el deporte y las

actividades de la ciudad. De igual manera ganamos algunas primeras conclusiones sobre el espectador: en primer lugar que es él el que asiste y ve, que es para él la representación deportiva (admito que es una perogrullada) y, en segundo, que el lugar de su *expectación* es variado, desde los sitios enunciados hasta la casa a través de la televisión (poderoso agente informativo). Y de acuerdo con esto último podemos pensar que las actitudes que tomará el espectador de acuerdo al sitio variarán. Bien se sabe que no es lo mismo la espera en casa a la espera en una casa de campaña a las afueras del estadio. Y si bien es necesario hablar de los lugares, que envuelven en su aura a los espectadores, pondremos de relieve, antes, las expectativas de los mismos, lo que esperan y desean, ya que las expectativas son previas al sitio, al lugar.

Los espectadores antes de enfrentarse al “juego” tienen expectativas sobre el mismo, lo desean y esperan con ansia, se sienten con más “adrenalina”, saltan rápido de la cama con inquietud y ansiedad, se sienten más animados, en una palabra mejor. La esperanza de ver triunfar a su equipo o jugador favorito inhibe por completo cualquier consideración sobre la suerte o la fortuna a la que necesariamente se ve sujeto todo juego, por lo menos para el espectador. Y con todo, la expectativa es una preparación para el gran momento. Permítaseme ilustrar lo anterior con dos ejemplos, si se quiere extremos (si no fuesen de esta especie carecerían de peso). Para el mundial de fútbol, Alemania 2006, la selección mexicana fue acompañada por 2000 co-nacionales a la Basílica de Guadalupe. La selección lo hacía como parte de su preparación espiritual para los encuentros que tendría; los aficionados no hacían menos, se preparaban y pedían el favor. El caso de que cada cuatro años los aficionados mexicanos vistan al Niño Jesús con el uniforme de la selección para pedirle el triunfo de éste, no es nada desdeñable<sup>5</sup>. Como tampoco lo es el que cada domingo, sigamos con el fútbol, no importa si sale o no de casa, no importa si ha conseguido boletos para asistir al estadio, el fanático se viste del color de su equipo predilecto, atrayendo con ello la

---

<sup>5</sup> Cfr. Tomás Bolaño, *fútbol, pasión y fe* en [www.es.catholic.net](http://www.es.catholic.net). Lo que quiero poner de relieve es la preparación de los espectadores, pero tengamos en cuenta lo que nos dice el Lic. Jorge González: “Hay una anécdota que dice lo siguiente: dos equipos fueron a la capilla del estadio antes del partido; unos pidieron el triunfo por medio de la intervención divina; los otros, simplemente dieron gracias a Dios por haberlos dejado jugar un partido más y le pedían por el bien de sus familias. Ganaron los que no pidieron el triunfo porque, sabían, que estaba en sus manos y en sus cuerpos el obtener esa gloria”.

buena vibra y mostrando su incondicional apoyo. Otro ejemplo puede ser el siguiente: el padre David Caín, párroco de la Catedral de san Bernabé de Nottingham, convirtió la catedral en la capilla de la copa mundial, ora colocando las banderas de los 32 contrincantes ora vistiendo él mismo la playera de Inglaterra<sup>6</sup>.

Las relaciones recién manifiestas entre deporte y religión han llevado a muchos a considerar que cabe hacer uso del deporte como medio de pastoral cristiana o no, cosa que no negamos ni afirmamos, por ahora. Lo que sí preponderamos es la relación misma. La preparación para presenciar un partido, en este caso de fútbol, se parece mucho a los ejercicios preparativos de comunión con la divinidad, a la *ascesis* propia de quienes o quieren alcanzar el nirvana o quieren participar de dicha comunión. Si es así nos vemos lanzados a ya no sólo tener en cuenta la esperanza en sí misma, sino todo el ritual de preparación: anticipar en la semana los gastos, comprar provisiones, encargar la pizza, hacerse de bebidas embriagantes, etcétera. De tal forma que se da una reunión familiar (cosa que se suma a la esperanza en el equipo, los jugadores y los entrenadores). Y digo reunión familiar en dos sentidos: por un lado uno solo no se reúne (¡vaya paradoja!), uno se reúne con la familia o con los amigos; por otro lado, uno se reúne a presenciar algo conocido con conocidos, lo mismo pero no igual. El que se dé dicha reunión manifiesta una característica del deporte: el poder de convocatoria, convocatoria que con la respuesta afirmativa de los espectadores y su disposición a hacerse partícipes del juego, da lugar a que se inaugure, y re-inaugure cada semana, cada cuatro años, cada torneo, cada fin de semana en las arenas, una comunidad bajo un mismo sentir, idénticas ilusiones, pasiones y alegrías. Y he aquí lo esencial de la porra (con sus tensiones y contradicciones, necesarias desde nuestra perspectiva), del apoyo que, quizás, es lo único que pueden ofrecer los espectadores a los jugadores, al equipo, a los atletas. La co-fraternidad que aparece entre equipo y público bien puede resumirse en la expresión, alentar al equipo.

La preparación que se ha desprendido de las expectativas de los espectadores nos lanza aún más lejos. La preparación no comienza, en rigor, al inicio de la semana, sino

---

<sup>6</sup> *Capilla de la copa mundial 2006* en [www.es.catholic.net](http://www.es.catholic.net).

al inicio de la vida. La preparación comienza cuando los padres enseñan a sus hijos sus gustos, cuando aquéllos compran a éstos uniformes, balones, raquetas, canastas y enseñan qué deporte es el bueno, cuál no, a qué equipo irle, cuál merece total desprecio (si bien puede ocurrir que los hijos opten, conociendo los demás deportes, por otro, diferente al que les fue inculcado). El conocimiento que de jugadores (atletas), entrenadores, directores técnicos se tiene, sorprende. El juego infantil, sin lugar a dudas, es, asimismo, una preparación para el deporte y para la vida, pero a ésta apenas y le hemos guiñado el ojo.

Y como toda preparación, propicia un tiempo y un espacio, una circunstancia, el del juego (el del deporte) apropiados, nos es casi imposible dejar pasar el que, cosa que ya habíamos anunciado, el deporte se manifieste como una escapatoria de la existencia cotidiana con su dureza esclavizante<sup>7</sup> y no como un mero narcótico, o una droga. Aceptamos los beneficios que retribuye sin desmeritar el deporte mismo siendo él un tiempo oportuno. Un tiempo oportuno que es inconcebible sin la pasión de los espectadores por el espectáculo, pues sin ella las expectativas y la preparación carecerían de sentido. “No se puede jugar ni ser espectador-aficionado sin pasión. El deporte no admite la pura actitud analítica o contemplativa. Si te limitas a objetivar, te sales del juego”<sup>8</sup>. Y esta misma pasión es la que nos conduce a otro momento del espectador, al tiempo oportuno de resarcimiento, al espectáculo en “plena acción”, a la fiesta.

Y no puede ser de otra manera, el espectáculo es una fiesta en el que tanto espectadores como atletas celebran, se celebran unos a otros, convocados, ya lo decíamos, por un mismo motivo, el deporte.

Qué nos es dado ver, como espectadores de espectadores que somos, de los espectadores es lo que ahora determinaremos. Empecemos con lo siguiente: Guillermo Urbizu nos plantea la situación de un padre de familia ausente, indiferente a su casa, a su esposa y a sus hijos, quizás mediocre, pues no encuentra ningún tipo de

---

<sup>7</sup> Cfr. Joseph Ratzinger, *Comentario para el fútbol*, [www.es.catholic.net](http://www.es.catholic.net).

<sup>8</sup> Rafael Alvira: *Filosofía de la vida cotidiana* (RIALP, Madrid, 1999), 49.

incentivo que cambie su situación de cansancio y de aburrimiento que aplana cualquier evento, hasta que, milagrosamente, se incorpora y con deferencia anuncia a su familia que hay que ir a un partido de fútbol, a la lucha libre o a cualquier deporte de masas, no importa cuál, aunque no le guste ni lo entienda, aunque no le encuentra ni pies ni cabeza<sup>9</sup>. Y empiezan los preparativos. Ya en el estadio, en la arena, el padre junto con su familia salta, grita al árbitro, baila esa danza festiva que caracteriza a quien está disfrutando entre abrazos y alaridos, ríe (pienso que la risa es la rúbrica de la felicidad), habla por los codos. El padre ha dado con aquello que le faltaba, con aquello que ha roto su situación monótona y esclavizante de lo que hasta ese momento consideraba lo más importante, el trabajo; se ha encontrado con su familia, se ha reconocido en ella y ha recordado que es padre, por lo menos esto concluye nuestro autor. No digo que no suceda así, digo que no siempre es así. Pero dejando a un lado cualquier tipo de juicio moralizante, rescatemos lo que ha sucedido con el espectador y al tipo de espectador. El padre se ha visto envuelto en sentimientos y sensaciones nada comunes, que en otro sitio podrían estar fuera de lugar. Las acciones del padre como espectador son propias de quien asiste a un juego, de aquel que se pierde en él, aunque éstas le vengan como consecuencia de compartir y dar cuenta de su familia y de él en ella. Esto nos revela que es un espectador distinto, o por lo menos diferente a los que estamos acostumbrados, pues no le gusta el deporte, y si se emociona es porque le emociona la emoción de la gente y de sus cercanos.

Con esto hemos adelantado aún más la comprensión del espectador en el espectáculo, pero aún resta mucho por decir. Líneas ha prometíamos, al decir que empezábamos con el caso anterior, algo más, y he aquí. San Agustín, en sus *Confesiones*, nos relata la pasión de Alipio por los espectáculos del circo (*Confesiones* VI, 8, 13), revelándonos con ello una serie de características del espectador que en manera alguna pueden ser desdeñadas. Las refiero. Lo primero que nos dice el Obispo de Hipona, un tanto en tono moralizante, es que Alipio se dejó cautivar por el espectáculo de gladiadores de manera increíble y con embeleso sorprendente. En cierta ocasión el amigo del santo, encontrado por algunos amigos, fue conducido por estos con “violencia amistosa” al

---

<sup>9</sup> Cfr. Guillermo Urbizu, *La importancia de un partido de fútbol* en [www.es.catholic.net](http://www.es.catholic.net)



anfiteatro para que presenciase esos espectáculos crueles y sangrientos, mientras Alipio decía que podían llevar su cuerpo, pero no su alma. Tras ocupar las localidades que pudieron conseguir (la asidua asistencia casi los deja fuera), Alipio cerró con fuerza los ojos, pero no los oídos. El ambiente del lugar lo describe el Doctor de la Iglesia como un hervidero de diversiones inhumanas. En un lance de lucha, Alipio, que se encontraba tremendamente alterado por el enorme griterío del público, vencido por la curiosidad y creyéndose fuerte, abrió los ojos sintiendo al instante un desgarrón (fue herido en el alma, nos dice san Agustín, agregando que pudo haber sido mayor al que el gladiador recibió en el cuerpo). La caída de Alipio fue provocada por el griterío, la emoción se le metió por los oídos haciendo brecha hasta desplomar el espíritu. Tan pronto como Alipio contempló aquella sangre, bebió en ella la crueldad y fijó su atención con detenimiento sintiendo placer por la lucha, embriagándose en ansias de sangre. En ese momento el espectador ausente que quiso ser el amigo del santo se volvía uno del “montón, del populacho con el que se había mezclado. Era ya un auténtico camarada de aquellos que le habían traído”<sup>10</sup>. Alipio con el espectáculo que contempló, se entusiasmó (endiosó) y enloqueció. Lo último que refiere el santo es que Alipio regresó, pero esta vez llevando a otros.

Extraigamos y pongamos de relieve las características que sobre los espectadores nos revela san Agustín. En primer lugar, cosa que ya habíamos apuntado, se nos recuerda la pasión por el juego, por el deporte o por el circo, en este caso, como condimento necesario para quienes desean y gustan de tales actividades; en segundo lugar, notemos que un juego, o un deporte, cautiva y embeleza, pierde al que lo juega y al que no lo presencia en sí mismo, enloquece y entusiasma (endiosa); en tercer lugar notemos que Alipio no asiste por su cuenta (si bien se dice en otra parte que ya había sido asiduo asistente al circo), sino que es llevado, cosa que nos recuerda la preparación de los padres, pues son estos los que llevan a sus hijos al estadio, a la arena o a los parques, son estos los que preparan el posterior gusto haciendo una “violencia amistosa”; tengamos en cuenta también que hay quienes no gustan del deporte y son llevados y ahí convencidos. En cuarto lugar, notemos que, cosa que

---

<sup>10</sup> San Agustín: *Confesiones* (BAC, Madrid, 2001), 183.

podemos llevar a los deportes actuales sin problemas, la asistencia es enorme, las localidades se agotan de un día a otro, el número de espectadores se nos vuelve innumerable; en quinto lugar, el espectador contempla o presencia el espectáculo en “cuerpo y alma”, con todos sus sentidos, con sus ojos y sus oídos, como dice el santo, no obstante extrañamos la mención del olfato, la mención de olores y de los otros sentidos. No puede negárseme que el espectador, si bien “enajenado”, no sólo ve ni sólo oye, ve y oye, pero no sólo ve y oye, ve, oye, huele, “siente”, toca y degusta, aunque la vista y el oído sean los sentidos más influyentes. En sexto lugar, apuntaremos que el espectador al perderse en el juego o en el deporte entra en un estado de furor o de agitación violenta como la de un demente, así como en otro de euforia o de sensación de bienestar y confianza. Alipio, sirva esto para ilustrar lo recién dicho, al ver esa sangre sintió el “placer” por la lucha, se unió a la muchedumbre en los gritos, “enloqueció”. La emoción se contagia, por más que se le quiera resistir. En séptimo lugar, no podemos sino señalar que los espectadores, cada uno de ellos forma parte del montón o de la turba, uno más que hacen o son “uno”. Por último, en consonancia con lo recién apuntado, se da cuenta que el deporte es una extensión de la vida. En él encuentra el riesgo de ésta, aunque con cierta seguridad; en él aprende y se entrena para la vida. El aspecto religioso que apuntábamos con la preparación de los espectadores se repite. Si bien ya lo habíamos bosquejado, ahora nos aparece con mayor claridad, el espectáculo mismo es una celebración, una fiesta de comunión, de común unión, ya sea porque alma y cuerpo se re-unen y al unísono festejan el juego, ya sea porque la camaradería de los asistentes los hace uno, el público. Pero pasemos a otra cosa.

El que hayamos extraído estas consecuencias del relato de Agustín nos ha puesto en camino (podríamos acudir a muchos más ejemplos) a considerar las clases o tipos de espectadores que hay. De lo apuntado hasta ahora, nos parece, podemos decir que hay cinco tipos de espectadores: los primeros son los que gustan del deporte, los segundos los que sin gustar de él asisten, los terceros son los entrenadores (o directores técnicos), los cuartos son los árbitros y los quintos son los jueces. De los primeros ya hemos dicho bastante: se caracterizan por disfrutar el deporte a como dé lugar, se preparan para él, asisten a los espectáculos por decisión propia, lo practican,

en ocasiones, los que apuestan no sólo dinero, sino le apuestan al juego como momento oportuno o momento de redención etc. Los segundos, los que no gustan de dichas actividades, incluso si de verlas, únicamente, se trata. De estos se han esbozado un par de características en algunas líneas: son los que lo toman como mera distracción, los que asisten porque son llevados, los que se emocionan no por el juego mismo sino porque se encuentran en un hervidero de emociones (recuérdese al padre y a Alipio antes de meterse en el juego”), los que se contagian de la emoción de los otros, los que, como yo, son espectadores de los espectadores. Los terceros, los directores técnicos o entrenadores son los que, a ras de suelo ven a su equipo o a su atleta hacer o deshacer las instrucciones que le fueron dadas antes del juego, son los que desarrollan las tácticas y estrategias, pero que a la hora de la hora nada pueden hacer sino esperar a que salga como se ha planeado, a menos que se tenga la posibilidad de llamar la atención de los atletas, sea como sea (téngase en cuenta el caso de los entrenadores de fútbol americano con sus audífonos y micrófonos). Estos mismos son los que a medio tiempo o en los respectivos descansos animan a seguir al equipo o al atleta, son los que, como el caso del box, pueden decidir acabar con la pelea arrojando la toalla. Los cuartos, los árbitros, los que dirigen y mantienen el orden en el juego, no pueden ser dejados a un lado. Ellos son los espectadores “por excelencia”, siguen el juego al ras, los que están de frente a todas las jugadas, aunque no puedan ver todo. Y digo que son los espectadores por excelencia porque no sólo están al tanto de los jugadores, sino también de los entrenadores y del público; son los espectadores de los espectadores y del espectáculo con una función precisa. Los quintos, los jueces (en competencias como el patinaje sobre hielo, podríamos aducir) son los que califican, los que se fijan en cada detalle, los que dan puntos por la prodigiosa ejecución o los quitan por los errores. Estoy tentado a decir que estos no son propiamente espectadores. Ya se decía que un espectador no puede serlo si le falta la pasión, caracterizada por la preferencia o la predilección, en muchos, si no es que en todos los casos; los jueces deben dejarla a un lado, ser imparciales y objetivos. Sin ser propiamente deportistas conocen los avatares de los deportes que observan, sus reglas y demás, no obstante el no manifestar su emoción mostrando cierta ecuanimidad, pudiese excluirlos de nuestra clasificación.

Con esto hemos no sólo apuntado las características que hemos encontrado en el espectador, sino que hemos señalado los tipos de espectadores, sin embargo, cosa que prometimos muy al principio, no hemos dicho nada de los sitios donde se llevan a cabo los deporte a los que van los espectadores a disfrutar de ellos. Si seguimos la dinámica hasta ahora usada no podemos sino clasificar u ordenar tales sitios. Haciendo esto podemos decir que son dos, en líneas generales, los lugares de expectación: 1. al aire libre o fuera de casa y 2. en casa a través de la televisión. Cualquier estadio, arena o cancha entra en la primera clasificación. Sea como sea en cualquiera de estos sitios se vive de manera muy diferente, si bien podemos decir que en todos encontramos, como característica general la desprotección y el riesgo. A expensas, cuando el sitio verdaderamente es al aire libre, de padecer las inclemencias del tiempo, por ejemplo. La dificultad para hacerse de la comida necesaria, los altos costos de las *chucherías* que venden, las riñas o insultos que suelen darse, las enfermedades que se manifiestan en el lugar y en el momento menos apropiados, no encontrar el baño, perderse la mejor jugada del partido (o en el caso del fútbol el gol), el tráfico a la entrada y a la salida, los apretones o apretujones son con mucho algunas de las consecuencias de asistir a tales lugares. No se me malentienda, no estoy haciendo ningún juicio ni estoy defendiendo el ver los deportes en casa, sólo estoy apuntando únicamente ciertos elementos que he encontrado en mis observaciones. De ver los juegos en casa a través de la televisión puede decirse lo siguiente, todo está a la mano: la comida, el baño, el asiento cómodo, la repetición instantánea (magia de la tecnología), las medicinas, etc. Hasta parece que la televisión ha dado lugar a la creación de otro tipo de espectadores, pues los hay que van a donde se desarrolla el espectáculo y los hay que se quedan tranquilos en casa y “ven a distancia”. No queremos decir con esto que cambien las situaciones, pues, nos parece, la emoción y el apoyo de ambos espectadores son los mismos, la buena vibra va a donde sea. Además, tengamos en cuenta que muchos no pueden asistir al estadio, por ejemplo, sea la razón que sea. La televisión, paradójicamente, los acerca a la acción, así como aumenta el número de espectadores.

Habiendo hablado de los sitios y de la nueva clasificación de espectadores que nos han proporcionado, únicamente nos resta terminar el ciclo del espectador. Estamos concientes que en un principio no lo indicamos, pero era necesario no hacerlo, puesto

que intentamos seguir los momentos que el espectador siguen sin previo aviso. Con cerrar el ciclo me refiero, por tanto, a la situación del espectador después del gran momento, al espectador después del espectáculo.

### **Conclusión**

Me parece, ha cumplido con el objetivo del trabajo, hablar del espectador. Se ha dicho con insistencia que todo juego se agota en sí mismo, incluso para los que lo presencian. No estamos del todo de acuerdo. En la medida en que todo juego, y más el deporte, es efímero, fugaz, dura un rato y no más, sí se agota en sí mismo. No lo hace, porque el juego sigue con el espectador, el juego continúa con él en la celebración del triunfo o en el trago amargo de la derrota. Sea como sea el espectador sigue comentando el juego, habla de él. Si su atleta o equipo predilecto triunfó no puede sino presumir, *restregarlo* en la cara de los que le iban al otro bando. Si sucede el caso contrario busca excusas, pretextos, para justificar la derrota. Pero en ambos casos se ha desquitado la semana, se ha purgado la vida. En ambos casos con el paso del tiempo, y el declive de los comentarios, se reanudan las esperanzas y los miedos para el próximo encuentro, es decir, inicia el ciclo y viene la preparación, inicia el juego que nunca acabó. Si es así como entendemos el juego, si a esto se refiere aquella frase que citábamos, el juego se agota en sí mismo, estaríamos de acuerdo en sí misma, pues no hay ningún elemento externo o ajeno que irrumpa en el juego, que lo acabe o lo agote. Es él el que empieza donde termina y termina donde empieza, es él el que sí es una irrupción, es él el que sí interrumpe lo otro, que bien puede ser parte de esto. El deporte, en general, y el fútbol, en particular, bien puede ayudarnos a comprender y ver la vida de otra forma.

### **Fuentes mínimas de consulta**

#### ***Bibliográficas***

Rafael Alvira: *Filosofía de la vida cotidiana* (RIALP, Madrid, 1999).

Hans-Georg Gadamer: *Verdad y Método* (Sígueme, Salamanca, 2003).

José Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas* (Espasa Calpe, Madrid, 1993).

San Agustín: *Confesiones* (BAC, Madrid, 2001).

### ***Electrónicas***

Tomás Bolaño, *fútbol, pasión y fe* en [www.es.catholic.net](http://www.es.catholic.net).

*Capilla de la copa mundial 2006* en [www.es.catholic.net](http://www.es.catholic.net).

Joseph Ratzinger, *Comentario para el fútbol*, [www.es.catholic.net](http://www.es.catholic.net)

Guillermo Urbizu, *La importancia de un partido de fútbol* en [www.es.catholic.net](http://www.es.catholic.net)